



D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



Herculano Zarzuela
"Suburbio"
Acuarela sobre papel
30*40 cm

- Susan Sontag
- Enrique Villagrasa
- HCF Mansilla
- Camilo Marks
- Augusto Munaro
- Jorge Andrade
- Hugo Murillo
- Dulcardo Guzmán

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XXVI n° 670 Oruro, domingo 27 de enero de 2019



La literatura es la libertad

Fragmento del discurso Premio de la Paz leído por la escritora, filósofa, docente y gulonista norteamericana Susan Sontag (1933-2004)



Lo viejo y lo nuevo son los perennes polos de todo sentido de orientación en el mundo. No podemos deshacernos de lo viejo porque en él está invertido todo nuestro pasado, nuestra sabiduría, nuestros recuerdos, nuestra tristeza, nuestro sentido del realismo. No podemos deshacernos de la fe en lo nuevo porque en él invertimos toda nuestra energía, nuestra capacidad de optimismo, nuestro ciego anhelo biológico, nuestra capacidad para olvidar, la capacidad cautiva sin la cual toda reconciliación es imposible. La vida interior tiende a desconfiar de lo nuevo. Es más, una vida interior profundamente desarrollada se resistirá a lo nuevo.

Se nos dice que hemos de elegir entre lo viejo. De hecho, hemos de elegir ambos. ¿Qué más es la vida sino el trato reiterado entre lo viejo y lo nuevo? Me parece que siempre deberíamos buscar el modo de evitarnos semejantes oposiciones tajantes.

Un escritor es alguien que presta atención al mundo. Eso significa que intentamos comprender asimilar, relacionarnos con la maldad de la cual son capaces los seres humanos, sin corrompernos -volviéndonos cínicos o superficiales- al comprenderlo.

La literatura nos puede contar cómo es el mundo. La literatura puede ofrecer modelos y legar profundos conocimientos encarnados en el lenguaje, en la narrativa. La literatura puede adiestrar y ejercitar nuestra capacidad para llorar a los que no somos nosotros o no son los nuestros.

¿Qué seríamos si no pudiéramos sentir simpatía por quienes no somos nosotros o no son los nuestros? ¿Quiénes seríamos si no pudiéramos olvidarnos de nosotros mismos, al menos un rato? ¿Qué seríamos si no pudiéramos aprender, perdonar, volvernos algo diferente de lo que somos?

La disponibilidad de la literatura, de la literatura mundial, permite escapar de la prisión de la vanidad nacional, del filisteísmo, del provincianismo forzoso, de la inanidad educativa, de los destinos imperfectos y de la mala suerte. La literatura es el pasaporte de entrada a una vida más amplia: es decir, a un territorio libre.

La literatura es la libertad. Y sobre todo en una época en que los valores de la lectura y la introspección se cuestionan con tenacidad, la literatura es la libertad.

Notas para una poética

Poesía es el arte que se manifiesta por medio del lenguaje y lo que busca es conmover. Es palabra sujeta a ritmo y suplementada retóricamente. Es ella en sí y, a la vez, el lenguaje y el lector. Dado que el poema debe prolongarse en quien lo lee, lo recita o lo escucha, puesto que es la única manera de que tenga continuidad ese vértigo que, en un límpido instante, es capaz de desvelar sombras, hay que velar-revelar su nombre: poesía.

La materia, de por sí, puede contener o no un cierto grado de poesía, pero es el talento artístico del poeta el único capaz de infundirle auténtica belleza estética. La lírica no tiene una métrica específica, es la intuición del poeta la que la guía.

El poeta, creador literario, debe aprehender de la poesía de la vida y su ser amante. Debe intentar que el lector viva la experiencia que plasma en sus versos. Quede claro que sólo se es poeta mientras se escribe el poema y es en la oscuridad donde radica el placer por descubrir lo escondido. El poeta de saber quién es y ser.

El lenguaje poético debe indagar siempre en lo ignoto de las palabras y las imágenes. ¡Novedad, siempre novedad! Atreverse con lo aún por descubrir. El poder del lenguaje es puro hechizo, fuerza plasmadora, magia verbal. De ahí la entrega del poeta y del amante: *no eligen*. La autenticidad y sinceridad distinguen un texto poético de uno que no lo es. He ahí el estilo personal y la originalidad.

Poetizar es, qué duda cabe, un enfrentamiento con las realidades interiores y exteriores imbricadas en uno mismo, al tiempo que se desarrolla en "agonía": desgarramiento y divertimento en el papel por medio del signo escrito. De alguna manera es ser por y en el ato del quehacer demiurgo, en ese grito desesperado o amable del silencio frente a la realidad frente al silencio.

En todo poema debe existir la vivencia de la palabra, la búsqueda y su propia mística. Se debe perseguir y ofrecer el hallazgo lingüístico, las imágenes inquietantes y la propia sustancialidad del lenguaje poético, que es lenguaje de revelación. Hallazgo sin olvidar el sentido estrófico. Es necesaria la unidad de significación de las palabras y ritmo. Cada palabra del verso debe ser necesaria e insustituible. Los versos son experiencias no sentimiento.

En todo poema es obligado el impersonal. Hay que tener muchísimo cuidado en el uso del yo frente o para los demás. El poema debe tener capacidad de evocación y de sugerencia. Por supuesto, no debe nombrar ni definir. Ambigüedad. Debe quedar suspendido en los márgenes imprecisos de la insinuación, de la seducción y de lo prohibido.

Enrique Villagrasa. España, 1957.
 Poeta y periodista.





el duende
 director: luís urqueta m.
 consejo editor: benjamín chávez c.
 orsamo zarzuela c.
 coordinación: julia garcía o.
 telfa: 62886500
 lurqueta@zafro.com

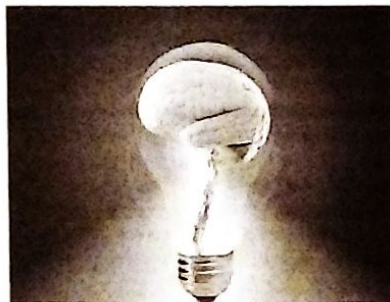
www.lapatriaonline.com.bo/elduende



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas, tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.

Trascendencia del pensamiento crítico

H.C.F. Mansilla *



Para mostrar la atmósfera intelectual boliviana, sobre todo en el campo universitario, creo conveniente describir el ambiente de una conferencia cualquiera, de las muchas que he pronunciado a partir de 1982, porque con este motivo paso a describir una mentalidad muy difundida en el área andina y, en realidad, en gran parte del Tercer Mundo. Primeramente admito que el contenido de mis temas ha variado poco en el curso de las décadas: la cultura política del autoritarismo, la crítica de las concepciones indianistas e indigenistas, la necesidad de fortalecer la democracia moderna, las ventajas del pluralismo cultural y el debate sobre las causas y las formas del colapso del sistema socialista mundial. Hay que reconocer que todavía hoy existe en Bolivia un interés muy fuerte por este tipo relativamente tradicional de escuchar a un orador en un lugar público y debatir posteriormente con él. Los asistentes ocupan con preferencia las últimas filas, como si sentarse adelante, en las cercanías del orador, fuera exponerse a un examen o a una posible vergüenza pública.

Tengo el hábito de empezar mi intervención declarando el carácter hipotético y provisional de lo que voy a decir. Esto sirve, como afirmo con énfasis, para iniciar un diálogo pluralista entre gente de buena voluntad. Y luego reitero mi frase favorita, tomada del gran novelista británico George Orwell: "El único deber del intelectual es decir al público lo que este *no* quiere escuchar". Por las dudas aclaro que estas palabras sólo constituyen una provocación pedagógica, una especie de impulso cognoscitivo. Nunca nadie me preguntó por el significado y las consecuencias de este aforismo programático. Los oyentes habituales suponen que es una especie de epígrafe poético, un verso sin mayor importancia. Y los más cultos sospechan que es una treta a la moda del día para captar la benevolencia del público.

Normalmente los asistentes me escuchan con atención y respeto. Y luego viene lo realmente interesante: la ronda de preguntas y comentarios. Hay que señalar que los participantes en la discusión son generalmente varones, rara vez una mujer toma la palabra. Pero todos se sienten muy revolucionarios. Lo que digo generalmente no agrada al público, pues este desea oír certidumbres, un mensaje de esperanza, la perspectiva de un futuro mejor para la patria y para ellos. Como me dijeron muchos oyentes a lo largo de los años, en la casa ya tienen suficientes dudas, problemas y falta de conocimientos como para escuchar una larga conferencia llena de marcadas hipótesis, nuevas posibilidades y perplejidades incomprensibles. Además, muchos afirmaron que invierten tiempo y dinero en llegar hasta el auditorio y asistir a la conferencia, y que lo hacían para aumentar sus conocimientos positivos sobre asuntos concretos y no para retornar al hogar llenos de cuestionamientos y vacilaciones. Hay que reconocer una cierta justificación con respecto a estas opiniones y anhelos. Pero si no criticamos estas posiciones, existe el peligro de robustecer una cultura del autoritarismo que viene de muy atrás y que cubre los terrenos de la política, la educación y la vida cotidiana. Al público asistente le encantaría

abandonar la conferencia experimentando una especie de consenso general, aunque sea bastante laborioso y casi compulsivo, pues detesta la diversidad de puntos de vista y nunca conoció las ventajas del *disenso* creador. A riesgo de equivocarme, sostengo que en las primeras décadas del siglo XXI la mayoría de los bolivianos les disgusta si alguien osa contradecirles. El ciudadano habitual ve como una acción hostil y una actitud odiosa si alguien afirma algo distinto de lo que él piensa.

En el debate no se dan preguntas genuinas. Si hablo, por ejemplo, sobre la crisis del socialismo a nivel mundial y menciono países y situaciones que no son temas habituales, nadie pregunta jamás dónde está Albania o por qué menciono a Cambodia o qué pasó realmente en la Unión Soviética. Los asistentes, con muy pocas excepciones, hacen largos comentarios en torno a los temas recurrentes que realmente les preocupan: la dignidad nacional, la justicia social, las identidades indígenas, las amenazas del imperialismo, la explotación de los recursos naturales. Son materias importantes, sin duda alguna, pero representan cuestiones muy trilladas, que no se pueden explicar o debatir en pocos minutos y que, por otra parte, no inspiran políticas públicas claras y sostenibles. Me acuerdo de que existe una revista mexicana con el título: *Dignidad, identidad y soberanía*, con un envidiable éxito de ventas. Son tópicos consignas altisonantes, que tocan fibras íntimas de la emotividad colectiva. A nadie le molesta que estos conceptos sean gelatinosos y dependientes de modas efímeras, manipuladas por partidos de izquierda y también de derecha.

Me atrevo a decir que la conferencia propiamente dicha no interesa a los oyentes. Lo que quieren es ser escuchados por audiencias públicas. Los que intervienen en el debate jamás se refieren a la temática del expositor y se consagran, en cambio, al tema que les preocupa. Para ellos es una verdad absoluta que los males de estas naciones se deben a la acción perversa, continua y planificada de las potencias imperialistas, especialmente de los Estados Unidos. Otra certidumbre indubitable que expresan ingenuamente es la total bondad de las posiciones de izquierda, lo que corresponde a la firme creencia de que la derecha es lo negativo por excelencia, sin analizar cuáles políticas públicas concretas han implementado las dos corrientes. Para el público no existe nada, políticamente hablando, fuera de esta oposición tajante de dos corrientes mutuamente excluyentes. Estas

certezas serían tan claras y manifiestas que no necesitarían de ninguna comprobación o análisis. He notado también que el público reacciona desfavorablemente, y a veces de manera agresiva, si uno hace alusiones al carácter *ambivalente* de la cultura popular en la actualidad, o si el expositor llama la atención sobre un hecho muy difundido de la vida social: la misma gente que dice detestar el imperialismo y sus manifestaciones, utiliza a cada instante la medicina, los transportes, las discotecas, los avances tecnológicos y hasta las tonterías del consumismo de Occidente. Los oyentes ponen caras largas de desagrado si el expositor no les complace dándoles la razón. Me atrevo a afirmar que hay algo de infantilismo en estas actitudes tan difundidas.

Debo señalar que los asistentes aborrecen mi propuesta de cuestionar las convicciones profundas de cada uno y de la sociedad. El método de poner en duda lo obvio, lo sobreentendido, lo convertido en natural de toda comunidad, les parece una especie de pecado imperdonable. Yo estoy, sin embargo, orgulloso de haber puesto de mal humor a muchos asistentes a mis cursos y conferencias. ¿Por qué utilizo estas expresiones tan desagradables y hasta arrogantes? Creo que mi actitud es una especie de contribución para reducir el espíritu inquisitorial que todavía hoy es frecuente en América Latina, sobre todo en las regiones y en los estratos sociales que se hallan más alejados de la modernidad. Supongo que la religiosidad popular y los valores preconscientes de orientación de una buena parte de la población han heredado algo de la mentalidad proclive a la intolerancia, a la suspicacia y al miedo frente al Otro, mentalidad que fue alimentada, entre otros factores, por la Inquisición española. Según el historiador británico A. S. Turberville, la atmósfera de la sospecha generalizada, que duró siglos, "colocaba a los distinguidos a merced de los vulgares, a los valientes a merced de los cobardes, a los nobles de corazón a merced de los maliciosos". En esta atmósfera cultural se piensa que el principio liberal de la tolerancia es la virtud fácil del escéptico que no cree en nada. La tolerancia sería, en el fondo, una forma de la indiferencia ante la distinción elemental entre la verdad y la mentira, la que estaba, por supuesto, decretada y determinada desde arriba. Y las enseñanzas del catecismo católico han sido evidentemente un poderoso dique contra esa laxitud intelectual y alojamiento ético. Un aspecto problemático puede ser visto en que la preservación de esta mentalidad en nuestra época dificulta la implantación de la democracia pluralista moderna. El espíritu de los antiguos catecismos católicos ha quedado bien preservado en la literatura marxista para consumo popular, que todavía está muy difundida en el área andina.

Por otra parte, en la superficie de estas actitudes se puede percibir un igualitarismo muy marcado, que algún observador ingenuo puede tomarlo como testimonio de un espíritu

profundamente democrático y hasta socialista. Esto es lo que practican los intelectuales europeos que celebran sin cansancio y sin pausa la naturaleza auténticamente democrática, solidaria e igualitaria de las clases populares y de las comunidades indígenas en el Nuevo Mundo. Los asistentes a mis conferencias hacen gala de un acendrado ideal de igualdad, que, como tal, siempre es ambivalente. Pero se trata, como en muchos otros casos a nivel mundial, de la envidia de los mediocres ante lo que logran los más hábiles o los más audaces. Tanto en los regímenes populistas como en los modelos socialistas, las ideologías oficiales propugnan la supresión de estratos y grupos privilegiados y la construcción de un orden "justo", en el cual debería prevalecer la igualdad fundamental de todos los ciudadanos. Con énfasis sostengo la tesis de que esta intención de igualitarismo es sólo una parte de un asunto más complejo. Los procesos sociales en general y los políticos en particular no suceden en un ámbito racional, transparente y aséptico, sino en la esfera de la concupiscencia, la ambición y la codicia. Y la envidia ha resultado ser una de las pasiones más fuertes y persistentes del género humano, que se expande también a través de todos los experimentos de reforma social, alcanzando precisamente a los más radicales. La historia está llena de ejemplos que nos deberían dar motivo de reflexión y preocupación. . . si es que el estudio de la historia sirve a un fin práctico.

Pero yo continúo, impertérrito, afirmando que el igualitarismo ha demostrado ser una ideología justificatoria para encubrir las verdaderas intenciones de las cúpulas dirigentes socialistas y populistas. Es, sin duda, una doctrina muy bien aceptada y hondamente sentada en los estratos inferiores de casi todas las sociedades. La auto-organización de la envidia ocurre en los estratos medios, en los cuales se originan casi todos los grupos que luego conducen los procesos revolucionarios. Y estos grupos se distinguen por una relación ambigua con respecto a las clases altas tradicionales: sienten envidia por su dinero, su poder y sus privilegios, y anhelan simultáneamente su eliminación. O, de modo más realista, su suplantación. Al tomar el lugar de las antiguas élites, las nuevas dirigencias populistas y socialistas renuncian a los oropeles de aquellas, a los aspectos aristocráticos, a la estética tradicional y a los valores de orientación de las clases altas desplazadas, pero se apropian de sus elementos decisivos: el poder, el dinero y los privilegios fácticos.

Así termino adquiriendo nuevos enemigos, en lugar de conseguir adherentes para la causa del pensamiento crítico, racionalista y abierto a la modernidad.

* Hugo Celso Felipe Mansilla.
Doctor en Filosofía.
Académico de la Lengua



La dulce California

Camilo Marks

Laurence Fife es lo más parecido a un cerdo que puede haber y ni siquiera sus hijos manifiestan mayor sufrimiento por su muerte, a pesar de que no se trató de un paso muy pacífico a la otra vida. Nikki, su segunda esposa, aparece como culpable de haberlo asesinado, sustituyendo un remedio que Laurence tomaba según prescripción médica por una cápsula envenenada.

Nikki cumple ocho años en prisión y al obtener la libertad condicional, aunque esté lejos de lamentar la pérdida de su marido —en verdad, se alegra de que lo hayan liquidado—, desea saber quién lo mató para limpiar su nombre. Charlotte Mercer, Sharon Napier, Gwen Fife y una cadena de mujeres tienen motivos más que suficientes para sentirse felices por la muerte de Laurence, tanto porque este fue un perro con ellas, como también debido a que explotó a sus empleados, utilizó a todos los que se cruzaron en su camino e hizo gala de un egocentrismo ilimitado en todas sus relaciones con los demás.

Para quien aún no haya adivinado la profesión del occiso, hay que aclarar que ejercía la abogacía con una rapacidad que sólo algunos juristas consumados poseen y ella le sirvió para dar curso a su maníaca autoestima y para ingresar bienes a su patrimonio.

A Sue Grafton (1940) se le ocurrió la idea de escribir *A de adulterio* al divorciarse y tener que luchar por la custodia de su hijo contra su próspero marido abogado. Según cuenta, sintió varias veces deseos de eliminarlo, pero "*En vez de pasarme la vida en la cárcel, pensé en algo mucho mejor: matarlo en un libro y además recibir dinero por ello*".

Kinsey Millhone entra en escena

La tercera vez que esta autora se casó fue la vencida, ya que, hasta la fecha, ha tenido un matrimonio feliz que le ha permitido trabajar como guionista y adaptadora de películas y series de televisión en Hollywood (entre otras, *Canuro espumante* de Agata Christie) y dedicarse, finalmente, a escribir novelas a tiempo completo.

Durante cinco años trabajó en concebir el personaje de Kinsey Millhone y desarrolló sus aventuras policíacas en la serie *Alfabeto del crimen*, por la que ha recibido dos premios norteamericanos más importantes otorgados a novelas policíacas, tales como el Shamus Award de 1986 y el Anthony Award de 1987.

Algunos títulos de la serie son: *A de adulterio*, *B de bestias*, *C de cadáver*, *D de deuda*, *E de evidencia*, *F de fugitivo*, *G de guardaespaldas*, *H de homicidio* e *I de inocente*, todos publicados en castellano.

Lo que Sue Grafton persigue con su personaje de Kinsey Millhone es revivir la gran tradición de la novela negra norteamericana de los años 40, ahora en las décadas de 1970 y 1980, con situaciones y problemas específicos de esta época, que no corresponden a aquel mundo despiadado, laberíntico y realista, pero con cierto resabio romántico de Chandler, Hammet, Woolrich, Highsmith o Cain.

En *A de adulterio*, la primera obra de este grupo, todo es sintético y muy negro, pero también divertidísimo y ahí está la gran diferencia con los libros de los autores a que hacemos referencia. Kinsey es una mujer joven con dos matrimonios a cuestas y que ya espera poco de la vida pero, aun así, sabe sacarle partido, riéndose de sí misma y de los demás, pues está dotada de una poderosa inteligencia y una original percepción de la realidad.

"Por todas partes había barcos de vela que sin duda había fletado la Cámara de Comercio para ofrecer un



motivo pintoresco a los turistas que se paseaban por la acera sacando fotos de otros turistas que descansaban sobre la hierba"; "Andy Motycka tiene cuarenta y tantos años y aún se

A de adulterio presenta uno de los más implacables escanoranos de la geografía urbana y costumbrista de los Estados Unidos de hoy: estaciones de servicio, moteles, autopistas,

comidas plásticas, bebidas gaseosas, platos rápidos para llevar, ropa para tirar a la lavadora, zapatillas de gimnasia y muchas otras porquerías desechables para comer, usar y vivir, llenan páginas y páginas de la novela como un gran mostrador del infierno en que viven los habitantes de la región del norte en California, el estado más rico y poblado de la Unión.

Por último, *A de adulterio*, así como otras narraciones de Sue Grafton, sin declaraciones explícitas y en medio de una virgílica acción y excelentes diálogos, entrega un cuadro moral y psicológico, al natural y sin adornos, del prototípico hombre triunfador estadounidense.

Como ese ejemplo se ha convertido en modelo para el resto del mundo, el libro tiene un alcance que seguramente su autora no sospechó al escribirlo. Es lo que muchas veces pasa con las obras de entretenimiento de calidad.

Camilo Marks, Chile, 1948.
Académico, escritor y crítico literario.
De: "La crítica: el género de los géneros" 2007



La carta

Hugo Murillo Benich

Primera de dos partes

A través de los vidrios empañados de mi ventana, con una calma aparente que trata de alejar mi atención de la carta cuya forma rectangular se destaca nítidamente sobre mi mesa de trabajo, observo cómo a lo lejos una lengua de fuego desciende de los cielos e incendia los barrios periféricos y cómo varias siluetas pequeñas y oscuras, recortadas en el resplandor de las llamas, tratan de huir con ademanes insensatos.

En medio de este pandemio, no deja de preocuparme una figura diminuta apoyada en el antepecho de una ventana. La distancia no me permite apreciar detalles, sin embargo su inmovilidad y su resignación dejan adivinar el busto de una mujer joven cuyo rostro vuelto hacia la parte destruida de la ciudad tiene los rasgos de aquellas personas que desde temprana edad han mostrado signos de madurez y melancolía sin causa aparente.

No quiero continuar siendo espectador de la catástrofe. Tampoco puedo, como es mi deseo, dar media vuelta y refugiarme en la penumbra de mi cuarto, pues allá está la carta que espera ser abierta desde hace varios días. No me resta más que examinar lo que acontece aquí abajo, en este laberinto formado por edificios y callejones vetustos que se intersectan caóticamente, mostrando una increíble mezcla de arquitectura y una falta absoluta de lógica en su disposición. Aquí hay estructuras semiderruidas, paredes que se yerguen sobre cimientos despedazados, contrafuertes inclinados, columnas que cuelgan en lugar de sostener, techos hundidos, escaleras que no conducen a ninguna parte y que, sin embargo, se penetran unas en otras para sostenerse y salvar las profundas grietas que corren en zigzag por las estrechas callejuelas.

Precisamente cerca de la hendedura y al pie de una casa milagrosamente sostenida por puntales de madera, varios hombres jadeantes se hallan tirando el extremo de una gruesa cuerda. Esta se pierde en lo alto de la casa, donde emerge un curioso armazón de troncos y poleas. El mecanismo parece ser innecesariamente complicado, pues hay varios troncos que no sostienen absolutamente nada y se apoyan sin motivo sobre la cuerda, haciendo que ésta forme codos y bucles antes de tocar las poleas; estas últimas segregan en cada pequeño giro que se produce de tiempo en tiempo, una sustancia viscosa y negra que salpica las caras de los curiosos arremolinados en uno de los balcones de la casa.

Al otro lado, por la parte opuesta al balcón mencionado y fuera de la vista de sus ocupantes, la cuerda reaparece atravesando un orificio practicado en el alero del techo y desciende unos seis metros hasta terminar liada a la cincha de un caballo. El animal, con las patas en el aire, oscila pausadamente por encima de las cabezas de varias mujeres, quienes, impertérritas ante los lastimeros relinchos, levantan sus faldas con una mano para facilitar sus movimientos y con la otra hunden aguzadas picas de madera en el vientre y en los costados del animal.

La vista de aquel grupo enardecido que se mueve desordenadamente, blandiendo sus armas manchadas de sangre y líquidos viscerales, y de aquel caballo que se mueve como un péndulo de acuerdo con los golpes



que recibe y las tensiones de la cuerda que lo sostiene, me provoca tal emoción que debo apoyarme en el marco de la ventana para evitar un mareo.

Es entonces cuando escucho, con el aliento entrecortado y los ojos velados por unas lágrimas involuntarias, unos golpes tímidos que resuenan detrás de mí con marcada cadencia. Me doy la vuelta, balbuceo unas palabras incoherentes y, antes de que se abra la puerta, adivino la visita de alguna persona o delegación que viene expresamente a conversar conmigo.

En realidad, no es necesario adivinar, pues los demás no se molestan en llamar; simplemente abren la puerta sin pedir permiso; ignorando mi presencia, atraviesan la estancia hacia la derecha o hacia la izquierda conforme a sus propias necesidades y caprichos; alguno inclusive se detiene en medio camino y argumenta en voz alta consigo mismo antes de continuar su marcha.

Al principio esto me provocaba arrebatos de indignación. Clamaba por mi intimidad y mi independencia, protestando contra la invasión de mi aposento, insultando a los transeúntes que por entonces mostraban todavía cierta timidez y se deshacían en disculpas y cumplidos. Los pobres no tenían otra alternativa, pues las escaleras y pasillos que conectaban el exterior y el resto de la casa con los departamentos interiores, habían sido destruidos por el hundimiento que formó un gran abismo donde antes se hallaba la parte más poblada del edificio; y la única manera de transitar era atravesando mi cuarto que, por casualidad, que-

dó a guisa de puente colgante entre lo que subsistía de los departamentos del quinto piso y un corredor lindante con una escalera de servicio.

La puerta que comunica con el exterior se abre lentamente y dos cabezas asoman con ademán irresoluto. Reconozco al punto a dos amigos de infancia que, a pesar del tiempo, han sa-

bido guardar la reserva necesaria para que nuestra relación se conserve en un plano de cierto interés y no haya decaído en una vulgar ligazón sancionada por la costumbre.

Después de los saludos habituales, al mismo tiempo que yo dirijo unas miradas furtivas para apreciar el estado del caballo y mientras cruzo un gesto de reconocimiento con la figura de la muchacha que a distancia espera pacientemente la llegada de fuego, mis amigos se han acomodado a instancias de una invitación mía. Él se ha sentado frente a mi escritorio, justamente con el rostro dirigido hacia la carta cuya blancura se destaca notoriamente sobre la madera de color caoba. Él finge no haberla visto; sin embargo yo sé que el sobre, con letras nítidamente marcadas y el gran sello de lacre usado sólo en la correspondencia oficial, no pueden haber dejado de llamarle la atención. Su control es impecable; él sabe muy bien ocultar sus verdaderos sentimientos bajo una máscara de desdén y angusta concentración en sus propios pensamientos. Por el contrario, su compañera, una vez que ha salvado la cortedad inicial del encuentro, es muy efusiva y no para en mientes para demostrar o, por lo menos, dejar adivinar sus sentimientos y compartir las emo-

ciones de los demás. Tal es así que acabo de sorprenderla mirando fugazmente el sobre. Y, aunque el movimiento de sus ojos fue muy breve, estoy seguro de que su apreciación ha sido calculada y penetrante.

Nos miramos de hito en hito y una sonrisa, que mezcla la compasión y la curiosidad, se dibuja tenuemente en sus finos labios. Yo, por mi parte, sonrío tratando de conservar el aplomo. Quiero darle a entender que estoy dispuesto a aceptar cualquier situación nueva, que o dispuesto por el ministerio no haré de tomarlo necesariamente como un daño irreparable o como una determinación que implique un cambio irreversible. Quiero hacerle comprender que mi indiferencia se halla demostrada por el hecho de no haber roto ni siquiera el lacre para leer el contenido de la carta...

De pronto, este diálogo mudo, que me permite disimular mis propias inquietudes y la histeria irracional que ha comenzado a apoderarse de mí desde la visita del mensajero, es interrumpido por la llegada de unos vecinos que abren la puerta de la izquierda con violencia inusitada. Dos hombres ingresan dando órdenes e indicaciones con gran despliegue de conocimientos acerca de componentes radiales de funciones de onda, pasos a través de barreras de potencial, funciones de onda cuasielástica dentro de las barreras. Otros cuatro hombres, a quienes está dirigida la perorata, ingresan a continuación con un aire en extremo sumiso. Uno de estos últimos se adelanta precipitadamente para abrir la otra puerta, y todos ellos, después de reunirse por un instante en torno a una mano que se mueve con destreza siguiendo la trayectoria de unos signos incomprensibles trazados en el aire, desaparecen dejando en la sala un silencio denso e imponente.

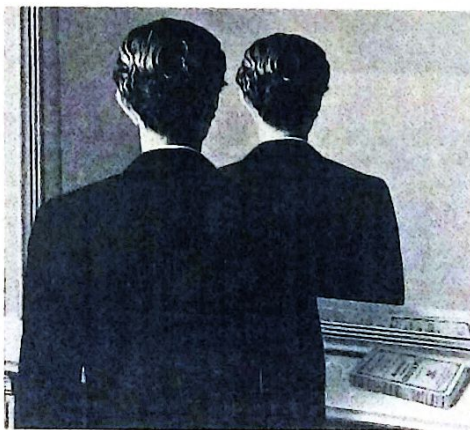
De los dos visitantes sólo él no ha dado importancia a la intromisión y continúa mirándome fijamente como si nada hubiera sucedido. En cambio ella no ha podido contener su curiosidad y, volviéndose para observar el raro desfile, se ha levantado del sillón donde yacía cómodamente arrellanada.

Sintiéndose un tanto confusa, después de haber dado dos pasos hacia la puerta de la derecha, continúa caminando con el pretexto de preparar café.

Debo darle algunas indicaciones; pues, posteriormente a la última visita que me hicieron, tuve que reordenar mis enseres, despejando el lugar que ahora sirve de paso común.

Ella se vuelve, pasa por mi lado, atraviesa la zona de intensa luz, cerca de la ventana, y se dirige al rincón donde se halla instalada una pequeña cocinilla eléctrica. Yo sigo sus movimientos, admirando su delicada silueta y ese algo indefinible que constituye la aureola de las personas que padecen una larga enfermedad.

Continuará



Jorge Carrera Andrade

Jorge Carrera Andrade. Ecuador, 18 de septiembre de 1903 - 7 de noviembre de 1978. Escritor y poeta. Es autor de *Amigo de las nubes*, *Estanque Inefable*, *La guirnalda del silencio*, *Canto a Rusia*, *Lenín ha muerto*, *Mademoiselle Satán*, *Boletines de mar y tierra*, *Latitudes*, *El tiempo manual*, *Biografía para uso de los pájaros*, *Microgramas*, *Mirador Terrestre*, *La República del Ecuador*, *encrucijada de América*, *Lugar de Origen*, *El visitante de niebla y otros poemas*, *Registro del mundo*, *Antología poética*, *Rostros y climas*, *Familia de la Noche*, *La Tierra Siempre Verde*, *Viajes por países y libros*, *Tierra de pájaros*.



Nada nos pertenece

Cada día el mismo árbol rodeado
de su verde familia rumorosa.
Cada día el latir de un tiempo niño
que el péndulo mece en la sombra.

El río da sin prisa su naipe transparente.
El silencio camina a un inminente ruido.
Con sus deditos tiernos
la semilla desgarra sus pañales de lino.

Nadie sabe por qué existen los pájaros
ni tu tonel de vino, luna llena,
ni la amapola que se quema viva,
ni la mujer del arpa, dichosa prisionera.

Y hay que vestirse de agua, de dóciles tejidos,
de cosas invisibles y cordiales
y afeitarse con leves despojos de palomas,
de arco iris y de ángeles.

Y lavar el escaso oro del día
contando sus pepitas cuando el poniente herido
quema todas sus naves y se acerca la noche
capitaneando sus oscuras tribus.

Entonces hablas, Cielo:
Tu alta ciudad nocturna se ilumina.
Tu muchedumbre con antorchas pasa
y en silencio nos mira.

Todas las formas vanas y terrestres:
El joven que cultiva una estatua en su lecho,
la mujer con sus dos corazones de pájaro,
la muerte clandestina disfrazada de insecto.

Cubres toda la tierra, hombre muerto, caído
como una rota jaula
o cascarón quebrado
o vivienda de cal de una monstruosa araña.

Los muertos son los monjes de la Orden
de los anacoretas subterráneos.
¿La muerte es la pobreza suma
o el reino original reconquistado?

Hombre nutrido de años y cuerpos de mujeres
cuando Dios te espolea te arrodillas
y sólo la memoria de las cosas
pone un calor ya inútil en tus manos vacías.



Mademoiselle Satán

Mademoiselle Satán rara orquídea del vicio.
¿Por qué me hiciste, di, de tu cuerpo regalo
la señal de tus dientes llevo como silicio
en mi carne posesa del Enemigo Malo.

¿Por qué probó mi lengua el sabor de tu sexo
y el vino que en la noche destiló tus pezones?
¿Por qué el vello que nace de tu vientre convexo
se erizó para mí con nuevas tentaciones?

¿Por qué se hundió en mis labios tu lengua venenosa
y se hallaron tus ojos con un lúbrico signo?
Y cuando haces vibrar tu desnudez lechosa
pienso en que debes ser la hembra del maligno.

Si se adueñó este ídolo de mi alma hasta la muerte
y no tengo la culpa ¡oh San Antonio casto!
Yo que era niño aún y como el roble fuerte
dejé quemar mi vida sobre tu altar nefasto.

Yo la he visto desnuda ¡Señor!, ¡sí, yo la he visto!
Tembló y quedose el alma eternamente muda.
Prefiero a ese recuerdo los tres clavos de Cristo,
la cruz, antes que verla en mis noches desnuda.

Señorita Satán, tú que todo lo puedes,
tus hombros, tus caderas que reclaman incienso,
tus suaves pies, tus brazos, son otras tantas redes,
tendidas hacia el pobre corazón indefenso.

Me diste el dulce gusto de tu boca, el turbante
martirio de tus muslos ceñiste a mi cintura,
y cuando fuimos presa del espasmo extenuante,
tu enorme beso fue como una quemadura.

Eres la hembra única, lo mismo en el reposo
que en el sexual combate, ¡Santa Orquídea del vicio!
Hasta cuando torturas con tu cuerpo oloroso,
no hay placer en el mundo que iguale aquel suplicio.

Satán, mujer que tienes un rubí en cada pecho,
tus verdes ojos lúbricos son siempre una asechanza,
tu desnudez que viene las noches a mi lecho,
para mi ciego olvido, es tu mejor venganza.

La carta

Hugo Murillo Benich

Primera de dos partes

A través de los vidrios empañados de mi ventana, con una calma aparente que trata de alejar mi atención de la carta cuya forma rectangular se destaca nítidamente sobre mi mesa de trabajo, observo cómo a lo lejos una lengua de fuego descendiendo de los cielos e incendia los barrios periféricos y cómo varias siluetas pequeñas y oscuras, recortadas en el resplandor de las llamas, tratan de huir con ademanes insensatos.

En medio de este pandemio, no deja de preocuparme una figura diminuta apoyada en el antepecho de una ventana. La distancia no me permite apreciar detalles, sin embargo su inmovilidad y su resignación dejan adivinar el busto de una mujer joven cuyo rostro vuelto hacia la parte destruida de la ciudad tiene los rasgos de aquellas personas que desde temprana edad han mostrado signos de madurez y melancolía sin causa aparente.

No quiero continuar siendo espectador de la catástrofe. Tampoco puedo, como es mi deseo, dar media vuelta y refugiarme en la penumbra de mi cuarto, pues allá está la carta que espera ser abierta desde hace varios días. No me resta más que examinar lo que acontece aquí abajo, en este laberinto formado por edificios y callejones vetustos que se intersectan caóticamente, mostrando una increíble mezcla de arquitectura y una falta absoluta de lógica en su disposición. Aquí hay estructuras semiderruidas, paredes que se yerguen sobre cimientos despedazados, contrafuertes inclinados, columnas que cuelgan en lugar de sostener, techos hundidos, escaleras que no conducen a ninguna parte y que, sin embargo, se penetran unas en otras para sostenerse y salvar las profundas grietas que corren en zigzag por las estrechas callejuelas.

Precisamente cerca de la hendedura y al pie de una casa milagrosamente sostenida por puntales de madera, varios hombres jadeantes se hallan tirando el extremo de una gruesa cuerda. Esta se pierde en lo alto de la casa, donde emerge un curioso armazón de troncos y poleas. El mecanismo parece ser innecesariamente complicado, pues hay varios troncos que no sostienen absolutamente nada y se apoyan sin motivo sobre la cuerda, haciendo que ésta forme codos y bucles antes de tocar las poleas; estas últimas segregan en cada pequeño giro que se produce de tiempo en tiempo, una sustancia viscosa y negra que salpica las caras de los curiosos arremolinados en uno de los balcones de la casa.

Al otro lado, por la parte opuesta al balcón mencionado y fuera de la vista de sus ocupantes, la cuerda reaparece atravesando un orificio practicado en el alero del techo y descendiendo unos seis metros hasta terminar liada a la cincha de un caballo. El animal, con las patas en el aire, oscila pausadamente por encima de las cabezas de varias mujeres, quienes, impertérritas ante los lastimeros relinchos, levantan sus faldas con una mano para facilitar sus movimientos y con la otra hunden aguzadas picas de madera en el vientre y en los costados del animal.

La vista de aquel grupo enardecido que se mueve desordenadamente, blandiendo sus armas manchadas de sangre y líquidos viscerales, y de aquel caballo que se mueve como un péndulo de acuerdo con los golpes



que recibe y las tensiones de la cuerda que lo sostiene, me provoca tal emoción que debo apoyarme en el marco de la ventana para evitar un mareo.

Es entonces cuando escucho, con el aliento entrecortado y los ojos velados por unas lágrimas involuntarias, unos golpes tímidos que resuenan detrás de mí con marcada cadencia. Me doy la vuelta, balbuceo unas palabras incoherentes y, antes de que se abra la puerta, adivino la visita de alguna persona o delegación que viene expresamente a conversar conmigo.

En realidad, no es necesario adivinar, pues los demás no se molestan en llamar; simplemente abren la puerta sin pedir permiso; ignorando mi presencia, atraviesan la estancia hacia la derecha o hacia la izquierda conforme a sus propias necesidades y caprichos; alguno inclusive se detiene en medio camino y argumenta en voz alta consigo mismo antes de continuar su marcha.

Al principio esto me provocaba arrebatos de indignación. Clamaba por mi intimidad y mi independencia, protestando contra la invasión de mi aposento, insultando a los transeúntes que por entonces mostraban todavía cierta timidez y se deshacían en disculpas y cumplidos. Los pobres no tenían otra alternativa, pues las escaleras y pasillos que conectaban el exterior y el resto de la casa con los departamentos interiores, habían sido destruidos por el hundimiento que formó un gran abismo donde antes se hallaba la parte más poblada del edificio; y la única manera de transitar era atravesando mi cuarto que, por casualidad, que-

dó a guisa de puente colgante entre lo que subsistía de los departamentos del quinto piso y un corredor lindante con una escalera de servicio.

La puerta que comunica con el exterior se abre lentamente y dos cabezas asoman con ademán irresoluto. Reconozco al punto a dos amigos de infancia que, a pesar del tiempo, han sa-

bido guardar la reserva necesaria para que nuestra relación se conserve en un plano de cierto interés y no haya decaído en una vulgar ligazón sancionada por la costumbre.

Después de los saludos habituales, al mismo tiempo que yo dirijo unas miradas furtivas para apreciar el estado del caballo y mientras cruzo un gesto de reconocimiento con la figura de la muchacha que a distancia espera pacientemente la llegada de fuego, mis amigos se han acomodado a instancias de una invitación mía. Él se ha sentado frente a mi escritorio, justamente con el rostro dirigido hacia la carta cuya blancura se destaca notoriamente sobre la madera de color caoba. Él finge no haberla visto; sin embargo yo sé que el sobre, con letras nítidamente marcadas y el gran sello de lacre usado sólo en la correspondencia oficial, no pueden haber dejado de llamarle la atención. Su control es impecable; él sabe muy bien ocultar sus verdaderos sentimientos bajo una máscara de desdén y angusta concentración en sus propios pensamientos. Por el contrario, su compañera, una vez que ha salvado la cortedad inicial del encuentro, es muy efusiva y no para en mientes para demostrar o, por lo menos, dejar adivinar sus sentimientos y compartir las emo-

ciones de los demás. Tal es así que acabo de sorprenderla mirando fugazmente el sobre. Y, aunque el movimiento de sus ojos fue muy breve, estoy seguro de que su apreciación ha sido calculada y penetrante.

Nos miramos de hito en hito y una sonrisa, que mezcla la compasión y la curiosidad, se dibuja tenuemente en sus finos labios. Yo, por mi parte, sonrío tratando de conservar el aplomo. Quiero darle a entender que estoy dispuesto a aceptar cualquier situación nueva, que o dispuesto por el ministerio no haré de tomarlo necesariamente como un daño irreparable o como una determinación que implique un cambio irreversible. Quiero hacerle comprender que mi indiferencia se halla demostrada por el hecho de no haber roto ni siquiera el lacre para leer el contenido de la carta...

De pronto, este diálogo mudo, que me permite disimular mis propias inquietudes y la histeria irracional que ha comenzado a apoderarse de mí desde la visita del mensajero, es interrumpido por la llegada de unos vecinos que abren la puerta de la izquierda con violencia inusitada. Dos hombres ingresan dando órdenes e indicaciones con gran despliegue de conocimientos acerca de componentes radiales de funciones de onda, pasos a través de barreras de potencial, funciones de onda cuasielástica dentro de las barreras. Otros cuatro hombres, a quienes está dirigida la perorata, ingresan a continuación con un aire en extremo sumiso. Uno de estos últimos se adelanta precipitadamente para abrir la otra puerta, y todos ellos, después de reunirse por un instante en torno a una mano que se mueve con destreza siguiendo la trayectoria de unos signos incomprensibles trazados en el aire, desaparecen dejando en la sala un silencio denso e imponente.

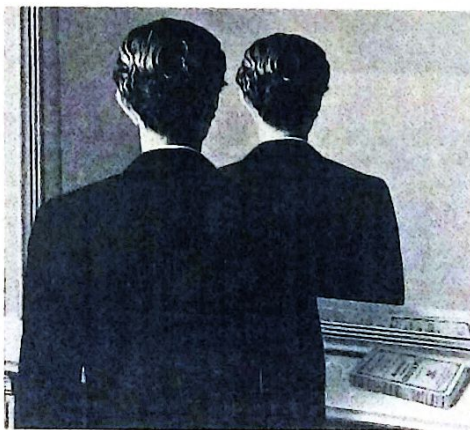
De los dos visitantes sólo él no ha dado importancia a la intromisión y continúa mirándome fijamente como si nada hubiera sucedido. En cambio ella no ha podido contener su curiosidad y, volviéndose para observar el raro desfile, se ha levantado del sillón donde yacía cómodamente arrellanada.

Sintiéndose un tanto confusa, después de haber dado dos pasos hacia la puerta de la derecha, continúa caminando con el pretexto de preparar café.

Debo darle algunas indicaciones; pues, posteriormente a la última visita que me hicieron, tuve que reordenar mis enseres, despejando el lugar que ahora sirve de paso común.

Ella se vuelve, pasa por mi lado, atraviesa la zona de intensa luz, cerca de la ventana, y se dirige al rincón donde se halla instalada una pequeña cocinilla eléctrica. Yo sigo sus movimientos, admirando su delicada silueta y ese algo indefinible que constituye la aureola de las personas que padecen una larga enfermedad.

Continuará





Itinerario sentimental

Dulcardo Guzmán

EL PARQUE CASTRO DE PADILLA

Algún pintor, bohemio y taurmaturgo pintó el parque Castro de Padilla una mañana limpia de abril, volcando su emoción en el árido lienzo de la puna. Y ahí está, conjunción de brazo y genio, definitivamente triángulo de amor, trabajo y poesía.

En la tierra orureña, no hay rincón comparable a este jirón romántico y florido. Entre coposos pinos y setos uniformes exhalan su armonía el pensamiento y todas las flores que las pacientes manos del jardinero cultiva en la entraña pródiga de la tierra.

La naturaleza ríe y canta su canto de esmeralda con virgiliano acento, durante las cuatro estaciones del año. Y en sus bancos cavila el anciano, parlotean las mujeres, susurran los enamorados, y la mirada elástica de un niño se aleja detrás de una mariposa.

Los domingos se viste de gala con el traje dominguero de los viandantes y con la alegría cristalina de los niños, porque todo le pertenece dentro la cuadratura prismática y lozana de la superficie. Así como le pertenece la suerte de un idilio, las monedas de oro que le arroja el sol fecundo, le pertenece la melodía desbordante de las campanas que anuncian salmos de paz llamando a liturgia.

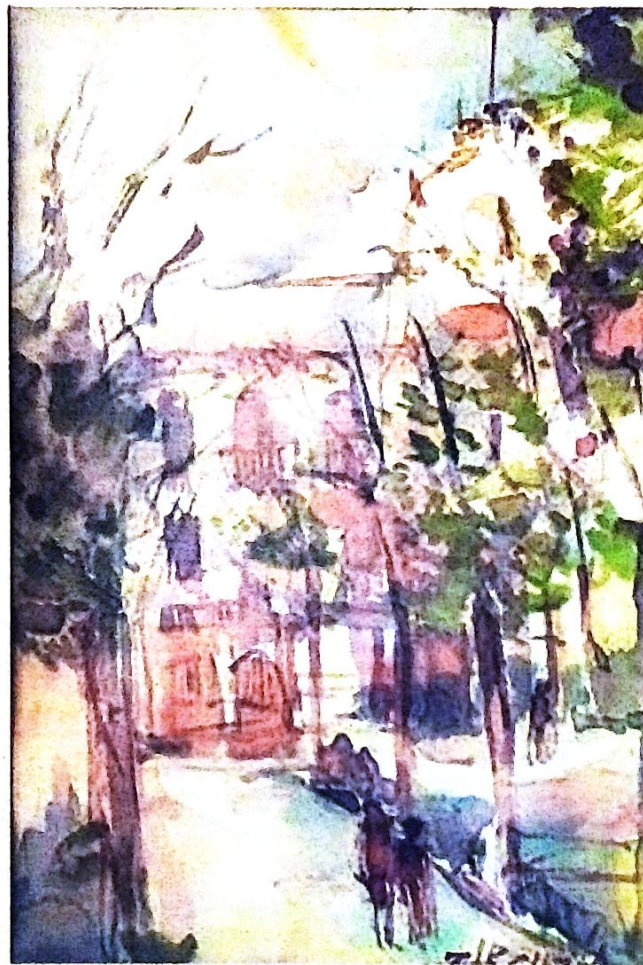
Parque Castro y Padilla tienen nombre de varón ilustre, y su prosapia se remonta a la fundación de esta Real Villa San Felipe de Austria.

LOS ARENALES

Se dice que cualquier tiempo pasado fue mejor, y me hice la misma pregunta, al visitar de años, de muchísimos años, la cónica tristeza de Los Arenales.

Hundí la mirada en derredor, el sopor calcinante de la tarde me obligó a cobijarme bajo el desgarrado ramaje del único sauce que aún queda en pie. Desde ahí, deambulé con el recuerdo a cuestras, por los cuatro horizontes del pasado.

La legendaria invasión de las hormigas



retrotrajo mi memoria en síntesis cinematográfica. El gigantesco reptil, el descomunal batracio y los diminutos heminópteros, representan la perpetua dramatización de nuestra leyenda.

Leyenda, telar nativo donde el tiempo viejo hilandero y sabio tejedor, describe entre lagartos, intis y antahuaras, la sobriedad de nuestro ancestro y la más auténtica tradición vernácula de nuestra patria.

Ahí está el río Tagarete, muda reminiscencia del lánguido murmullo de sus aguas. A su ribera se agolpaba la gente en contagiosa algarabía, para embarcarse en gozoso

gresábamos...

Hoy, secan el río ni el lé-gano le queda, y donde surcaban sus aguas florece la tristeza como florece la nostalgia en la cuenca de los ojos.

Un hondo pesar conmueve mi ser, cuando la fuerza incontenible del pasado, dibuja ante mis ojos la esperanza dorada de los sauces que adornaban el polvoriento camino con sus melancólicos penachos, inclinándose confidentes ante el cansado caminante de la meseta brindándole solaz y sombra al excursionista. Pero ante todo, formando parte de la poesía del paisaje.

Del oasis, del romántico oasis de Los Arenales sólo queda la sensación del espejismo, hogaño al comprobar la irreductible bonanza de un sauce, de un solo sauce peleándole al tiempo su perdurable afán de primavera. Al contemplarlo, discurre mi alma acongojada:

*Su viejo sayal de oro
estirado por el viento,
a la vera del camino
dibujaba un sauce Eolo.*

*Maduro surco pensante
de niebla en niebla
esculpido,
se triza mi frente pálida
entre cenizas de muerte.*

Ya el sol se pierde en lontananza y se desata la jauría del viento, que entre remolinos de oro, muerde y empuja de uno a otro lugar los montículos de arena, que semejan beduinos que van cambiando sus tiendas en la letanía del desierto.

El viento, viejo escultor de montañas, dibuja conos dorados con su "cernidos de trinos", y como pañuelos en vuelo, me depiden los últimos celajes de la tarde.

Dulcardo Guzmán Soto. Oruro, 1922-2007. Escritor, abogado, catedrático universitario y poeta.

"Itinerario Sentimental" es un espacio que ha quedado en el historial literario de los periódicos Noticias y LA PATRIA de Oruro. Fue premiado en 1965 en el Concurso Literario de la UTO con su poema *Perfil de Oruro*.